

El Día del Libro en Ribaforada

Laura ZARDOYA*

Las actividades que organizo en la Biblioteca de Ribaforada suelen ser al comienzo del mes de abril de cada año.

Para conmemorar el Día del Libro, llevamos haciendo un certamen local del cómic en dos categorías: de 12 a 14 años y de 14 a 25 años aproximadamente. Contando este año vamos por el VII certamen. Ya me suelen llamar de pueblos cercanos, para ver si queremos ampliar el certamen a otras localidades, pero de momento no tenemos posibilidad de extensión, ni económicamente hablando, ni por parte de los lectores locales, porque no están de acuerdo. Este año, como novedad, los cómics ganadores se han encuadernado, y al lector le hace ilusión ver que su ejemplar está colocado en el estante de la biblioteca.

También este año se hizo concurso de narrativa de tema libre para niños de 12 a 14 años (a continuación de estas líneas se puede leer el relato ganador: Hoguel). Otra novedad, concurso de carteles, tema "No a las drogas"; los carteles ganadores, aparte de recibir su premio, están todo el año colocados en colegios, Ayuntamiento, bares, discotecas y otros establecimientos públicos que frecuentan los jóvenes.

33



Todas las exposiciones locales atraen al lector: fotografías del propio pueblo y colecciones de monedas, sellos etc. Una exposición que organizamos y fue muy interesante fue la de "Ermitas de Navarra" de un pintor local que dibuja muy bien en tinta y carboncillo. Otra, que atrajo a mucha gente a la biblioteca, fue "Insectos del mundo". Hubo muchos niños que visitaron la biblioteca con sus correspondientes profesores, alumnos de la E.S.O. y bachiller, gente de la Asociación de Mujeres... Para sacar más rendimiento, se dividió a los visitantes en grupos y, unos por las mañanas y otros por las tardes, con libros de la biblioteca, recibían una explicación exhaustiva de las clases de insectos que hay en el mundo y qué papel desempeñan en el ecosistema.

* Biblioteca Pública de Ribaforada

Colaborando con la Comisión de Cultura del M.I. Ayuntamiento, en la plaza donde está la biblioteca, se hizo una representación de calle con Pimpilinpauxa.

Una vez al mes, con los más pequeños, solemos organizar visitas para enseñarles la ubicación de la biblioteca y cómo funciona; les leo cuentos y ellos escenifican el cuento que más les gusta.

Esto es lo que modestamente puedo organizar, ya que, como estoy sola, tengo que meter horas de mi tiempo, pero me compensa personal y profesionalmente.

Hoguel

Soy un periodista de tercera. Apenas escribo una o dos historias al año y mis compañeros de periódico no me comprenden; pero, aún así, sigo trabajando en un modesto diario local: "El Eco del Queiles". Su sede central... bueno, mejor dicho, éste se edita, totalmente, en Tarazona, una pequeña localidad bañada por un río de caudal irregular. Esta antigua ciudad lleva en pie desde la época romana, en la que era conocida como Turiaso; no, Tartaso; no... en fin, no lo recuerdo. Sólo sé que su casco antiguo tiene algunos añitos.

Dejemos de describir la ciudad donde trabajo y vivo. Ahora, vayamos a conocerme un poco mejor. Me llamo Ángel Gracia Pérez y soy natural de Tulebras, un pueblo situado en Navarra.

34

El motivo por el que me trasladé a aquella ciudad aragonesa fue un impulso que me resultó imposible de controlar. Así pues, me marché y compré un piso casi al lado del palacio episcopal. Una vez llegué, intenté buscar trabajo en algún diario de por allí. Lo encontré en "El Eco".

Mi entrada en el periódico fue un poco turbia. Lo hice justo cuando despidieron a un escritor que llevaba ya diez años en él. ¿El motivo de su cese?... no me lo preguntéis; no lo sé. La verdad, ahora estoy a gusto y quiero continuar así. Si me despidiesen, el mundo se me vendría encima. Mi vida entera gira alrededor del "Eco del Queiles". Sin él, moriría en la más triste y penumbrosa depresión.

La historia sobre Hoguel la conseguí de rebote, pues varias circunstancias se aliaron en mi favor. El periodista que debía cubrirla enfermó; y su sustituto estaba ingresado en el hospital con una neumonía atípica. Yo no hubiese querido hacerme cargo de la crítica en estas circunstancias, pero las órdenes del director fueron tajantes.

Antes de irme a Cádiz, donde se había producido la noticia, en la redacción hubo risas y abrazos. Abrazos de despedida y risas debidas a alguna broma sobre mi viaje. En fin, me emocioné un poco y derramé alguna que otra lágrima; pero me sentí querido y, a consecuencia de ello, feliz.

El autobús olía a sudor y tabaco, ¡apestaba!; y con todas las horas de viaje que quedaban por delante, me puse a meditar sobre lo que ya sabía.

Las notas que dejó David, el periodista al que encargaron el caso inicialmente, me facilitaban el trabajo. Se habían grabado en mi memoria y las rememoraba tal y como estaban escritas:

“El abuelo de Hoguel se arrojó a un río para rescatar a su amo que, sin su ayuda, hubiese muerto ahogado”.

“El padre de nuestro singular amigo fue lazarillo. Salvó a su dueño dándole un empujón: iba a ser atropellado. Como consecuencia de su heroico acto, resultó arrollado por el coche”.

“Su madre, una perra policía, falleció en acto de servicio, evitando que un transeúnte borracho cayese al río. Ella, por desgracia, sí cayó”.

El trayecto me resultó muy pesado. Con excepción de los magníficos paisajes del recorrido, no tengo nada que contar.

Finalmente llegué a mi destino. Sin pérdida de tiempo, me dirigí a la casa donde vivía el chuchó.

Tras examinar su árbol genealógico, pude conocer la situación económica y otros aspectos de los dueños que, con amor y ternura, compraron, adoptaron o recogieron de la calle a la inusual familia de Hoguel.

Unos fueron ricos, otros pobres; pero el que más apuros económicos pasó, fue, sin duda, el ciego que tuvo al padre de nuestro amigo como lazarillo. Por el contrario, el más rico de todos fue el duque de Hansverkitchen, dueño del abuelo.

Todos sus antepasados vivieron muy felices porque sus respectivos amos les quisieron mucho y fueron alegres; todos menos el ciego, que vivió completamente amargado en un mundo de sombras y tristeza. Sólo le alegraba el ladrido y los lametazos del padre de Hoguel, su único y gran amigo que, desgraciadamente, falleció muy joven.

Hoguel se crió en una ciudad alemana fronteriza con Francia. Su casino siempre había sido importante. Gracias a este establecimiento, Baden Baden, que es como se llama la ciudad, progresó, se construyeron importantes complejos hoteleros y se convirtió en una atracción turística.

Esta circunstancia iba a cambiar la vida de Hoguel.

Un buen día, un español, de Cádiz concretamente, llegó a Baden Baden para disfrutar de unas vacaciones. Así conoció a Hoguel y decidió comprarlo. Este hombre se llamaba José Luis Jiménez Muñoz.

En muy poco tiempo, José se encariñó con Hoguel y viceversa. Todo parecía de color rosa. José era un señor viudo, de cincuenta y nueve años, que no pensaba en casarse. Él decía que Hoguel era el gran amor de su vida.

Un trece de agosto de mil novecientos noventa y siete, martes, D. José montó a Hoguel en el coche y salieron a dar un paseo. A los pocos minutos de viaje ocurrió la tragedia: tuvieron un accidente.

Rápidamente, una ambulancia se presentó en el lugar del siniestro. Subieron al dueño, pero a Hoguel no. Por esa circunstancia, en cuanto la ambulancia arrancó, él la siguió velozmente hasta llegar al hospital. Milagrosamente, no sufrió ningún daño en su maratoniada carrera.

Mientras operaban al amo, se quedó en la puerta... esperando.

La mala suerte o la fatalidad. Lo único que sabemos es que falleció. El perro jamás lo entendió... y siguió a la espera.

Finalmente, un niño, que vivía próximo al hospital y que había estado alimentándolo durante aquel tiempo, decidió adoptar a Hoguel.

El chucho, a falta de familia perruna, quedó muy contento con su nuevo amigo.

De vuelta a casa, en el autobús, escribí mi artículo. Aún lloro cuando lo leo.

Algún día os lo dejaré.